

Rodrigo de Santillana, si éste no hubiera estado tan dominado por Gabriel de Espinosa.

Doña Ana, que estaba enamorada hacia ya mucho tiempo de una manera ideal de Gabriel de Espinosa, se enamoró al verle más y más, fascinada por la majestad ó por la altivez que de Gabriel de Espinosa emanaban.

Parecióle hermoso y jóven, á pesar de estar envejecido por los trabajos; creyó ver en él mucho de régio, túvole sin una sombra de duda por el rey don Sebastian, y se decidió á arrostrarlo todo por él.

Doña Ana estaba más que enamorada: estaba loca.

#### CAPITULO IV.

De cómo se compuso Gabriel de Espinosa para desvanecer por el momento las sospechas de don Rodrigo de Santillana, y en que crece el misterio que rodea á este personaje.

##### I.

Aún no era el medio dia, cuando don Rodrigo de Santillana creyó que ya habia tenido tiempo Gabriel de Espinosa para haber descansado, y le envió un alguacil, mandándole que se le presentase inmediatamente.

Pero don Rodrigo de Santillana no habia descansado.

Despues de haber tomado algunas declaraciones á los presos del tumulto de la madrugada, habia llamado á los hombres más viejos de la villa, y les habia preguntado cuánto tiempo hacia que Gabriel de Espinosa faltaba del pueblo, y si habia habido algun motivo para que hubiese estado tanto tiempo ausente de él.

Averiguó de este modo que nadie sabia claro si Gabriel de Espinosa era hijo legítimo ó no de Juan de Espinosa y de su mujer Mari-Perez, ó si habia sido recogido del cajon de los expósitos de la iglesia mayor de

Santa María de Toledo, y prohijado por los esposos durante un poco tiempo en que tuvieron en Toledo pastelería.

Don Rodrigo de Santillana aprovechó de tal manera aquel poco tiempo, que hizo buscar al cura de la iglesia parroquial de la villa la partida de esposorio y la de bautismo de Juan de Espinosa y de Mari-Perez y de Gabriel de Espinosa; y tal informalidad había entonces en los libros parroquiales, que por ellos no podía acreditarse que hubiesen existido ni los padres ni el hijo, y el alcalde tuvo que conformarse con lo que de público se sabía en la villa.

Esto nada probaba acerca de la legitimidad ó no legitimidad del nacimiento de Gabriel de Espinosa, ni de quiénes fuesen ó no fuesen sus padres.

Probábase únicamente, que los libros parroquiales no servían para nada, por el descuido de los párrocos y por la informalidad con que se hacían los asientos parroquiales.

## II.

Gabriel de Espinosa se presentó modestamente vestido, pero con una marcada delicadeza, que no cuadraba bien ni con la fortuna, ni con las costumbres de un pastelero, á don Rodrigo de Santillana.

Lo de soldado y lo de costumbres adquiridas por Gabriel de Espinosa por el continuo trato con gente noble, seguía embrollando al alcalde.

Este recibió sentado y cubierto á Gabriel de Espi-

nosa, sin invitarle á que se cubriese ni que se sentase, y para hacer una prueba, le dijo con acento descortés y soberbio:

—Tales cosas he descubierto de vos en una sola hora que de vos he tratado con algunos de la villa, que tengo yo para mí que os he de ahorcar, don villano.

—Repórtese vuesa merced, señor alcalde, dijo tranquilamente Gabriel de Espinosa, sin ponerse pálido ni encendido, y mire cómo trata á un hombre honrado, que aunque vuesa señoría sea alcalde y yo pastelero, no le ha dado el rey la vara para que trate como á un pe-laire, á quien, aunque villano, tiene tanta honra como cualquiera.

—Eso ya lo veremos, que tiempo habrá para ello, dijo don Rodrigo que se sentía cada vez más y más dominado por el valor y el no sé que extraño que se desprendía de Gabriel de Espinosa; pero entretanto, sepamos quiénes fueron sus padres, y qué muestra ha dado de sí para que se le trate como á un hombre de honra y buen servidor de Dios y del rey.

—En cuanto á mi nacimiento, dijo Gabriel de Espinosa, mire vuesa merced que yo mismo no sé lo que piense ni lo que crea; porque unos dicen que yo fui expósito, recogido en la puerta de la iglesia mayor de Santa María de la ciudad de Toledo, y decían mis padres, que yo por tales los tengo, que estas eran calumnias que levantaban los de la villa, porque tenían envidia de su buen pasar, y que Mari-Perez, mujer de Juan de Espinosa, me había dado á luz sin que en ello hubiese género de duda. Yo, por lo mismo, y porque debía creer

más á los que me habian criado con amor, que á los que afirmaban que yo era expósito, he creido siempre que Juan de Espinosa y Mari-Perez fueron mis padres, y como á tales los amé, y guardó de ellos buena memoria.

—Hánme dicho tambien que vos habeis andado fuera de España diez y ocho ó veinte años há, por un homicidio que cometisteis, y como vos no podeis probar de contado que vos no lo habeis cometido, doy desde aquí con vos en la cárcel, y os pudro en ella hasta que el delito se aclare y pueda sentenciar en justicia.

—Eso, señor alcalde, está ya visto y sentenciado; porque es verdad que yo maté á un hombre porque me trató con poco respeto, de lo cual hay papeles en la Chancillería de Valladolid; pero tambien es cierto, que despues de haber servido al rey de Portugal, tomé bandera al servicio del rey de España en Flandes, y le serví tan bien, que por buenos oficios del gobernador don Luis de Requesens, logré indulto del rey de aquella muerte, que hice frente á frente como honrado, y con causa y razon bastante, y aquí está la real carta de gracia para que vuesa merced la vea, que no me dejará mentir.

Gabriel de Espinosa sacó de debajo del justillo una cartera de seda envuelta en una larga cinta, y de ella muchos papeles, entre los cuales buscó un papel sellado, que entregó al alcalde.

## III.

Don Rodrigo de Santillana leyó y releyó aquel papel y le devolvió en silencio á Gabriel de Espinosa.

—Pues que el homicidio es ya asunto buena y legítimamente concluido, sepamos dónde habeis andado los catorce años que van desde este indulto hasta ahora.

—Estuve cuatro años en Flandes, en el escuadron de alabarderos de la guardia de don Luis de Requesens, y aquí está la certificacion en que consta. Despues de esto, serví cuatro años en la isla de Cuba con don Fernando de Cárdenas, como consta por este otro papel; por último, me vine á Europa, y he servido otros cuatro años en el Milanésado, como por esta otra certificacion se prueba. Y habiendo sabido por un soldado que habia hablado con otro de este pueblo, de cuyo nombre no me acuerdo, que mi madre habia muerto, cansado de andar rodando por el mundo, me he venido á esta villa á cobrar mi pobre hacienda; pero antes me pasé por Roma, y pedí confesion al Papa.

—¡Confesion al Papa! exclamó con asombro el alcalde.

—Señor don Rodrigo de Santillana, un soldado hace tantas cosas en la guerra, por las que la justicia de la tierra no le puede cargar ni un alfiler, pero tan graves á los ojos de Dios y tan pesadas para la conciencia, que bien ha menester una buena absolucion, y yo, como me encontraba en Italia, dije para mí, el viaje á Roma no es largo, y me vendria bien para la salud de mi alma la absolucion del Papa; porque he matado en las batallas mucha más gente de lo que era mi obligacion, y he saqueado mucho y cometido muchos desafueros. Y fui, y el Papa me absolvió y me dió este papel, y héme aquí, que estoy en Madrigal y delante de vuesa merced, perdonado por el Papa, y con el alma más blanca que el armiño.

Don Rodrigo de Santillana leyó con suma atención el último papel que le había presentado Gabriel de Espinosa.

Cuando dejó de leerle, le miró con asombro y aún con respeto.

—Muchas y grandes cosas debéis haber hecho, cuando el Papa os ha dado un papel tan honroso; en cuanto á hombre de aliento, bien he visto yo por mí mismo esta mañana lo que vos valeis, pues solo con vuestros criados habeis hecho lo que no hemos podido ni la justicia del pueblo ni yo; pero aquí se habla de una niña que se llama Gabriela que ha venido con vos y con una mujer encubierta, segun se me ha dicho por personas que os vieron entrar esta mañana en la pastelería; aquí se vé claro que vos habeis tenido esa hija en una dama muy principal, que no consta quien sea ni de qué nacion.

—Es tan alta, señor alcalde, que casi casi es reina.

—No os pregunto quién sea, porque nuestro Santísimo Padre quiere que por altas conveniencias se mantenga secreto el nombre de esa señora; pero me maravilla que siendo tan principal, y debiendo ser, por lo mismo, muy rica, vos os vengais con su hija á Madrigal, á hacer en esta villa el oficio de pastelero.

—Cada cual sigue su fortuna, señor alcalde, con el camino que Dios le abre, y estas son cosas que se quedan para Dios y para mí, y bien podrá ser que esa dama tan principal haya quedado pobre por mis amores, y que esa dama, yo y nuestra hija no tengamos para vivir otra cosa que mi poca hacienda y lo que se saque de los pasteles.

—Pastelero tal no he visto en todos los dias de mi vida, dijo el alcalde, y tales aventuras comprendo que habeis tenido, que con ellas pudiera muy bien escribirse una curiosísima historia. Pero tan bien habeis probado que sois Gabriel de Espinosa y que nada en vos hay que sospechar y temer, que podeis iros libre sin temor de que yo vuelva á preguntaros, si no sobreviniere algo nuevo; recoged, pues, vuestros papeles, y que os guarde Dios.

Gabriel de Espinosa saludó con respeto, pero con grave dignidad, al alcalde, y salió.

## IV.

En la pastelería había mucha gente atraída por la noticia de que Gabriel de Espinosa, el hijo de Mari-Perez la pastelera, había vuelto á la villa despues de largas aventuras por el mundo.

La mayor parte de aquella gente no conocian á Gabriel de Espinosa, porque los unos eran niños, y los otros no habían nacido aún cuando Gabriel había salido del pueblo; pero algunos de ellos, de edad proveccta los unos, ancianos los otros, le habían conocido, y venian á saludarle, trayendo consigo á los jóvenes que no le conocian.

Pero la villa acababa de pasar por un grave suceso que ponía en cuidado á todo el mundo, porque no se sabía lo que el tremendo alcalde don Rodrigo de Santillana sería capaz de hacer por consecuencia del alboroto de aquella madrugada, y se habló más de ello que de la

venida de Gabriel, y creyendo á éste persona que podría hacer algo por ellos, puesto que don Rodrigo le había llamado y no le había preso, lo que significaba mucho, venian á suplicarle hiciese lo que pudiese por la villa.

—No soy yo persona de tanto valer, amigos, les dijo Gabriel de Espinosa, que pueda prometeros mucho: el señor don Rodrigo de Santillana es hombre que tratándose de la justicia, no oscucha palabras ni atiende á razones, vengan de donde vinieren, y tanto menos si estas palabras salen de la boca de un pobre pastelero como yo. Ello es la verdad, que en lo de esta mañana habeis andado desatentados y poco temerosos de la justicia, hasta tal punto, que yo creí haberme engañado y haber dado en otro lugar, en vez de haberme venido á Madrigal: en otro tiempo, Madrigal era una villa quieta y pacífica, y bastaba un desdichado alguacil para poner en paz á los que por acaso y rara vez reñian, y hoy no han bastado ni un alcalde de casa y córte de la real Chancillería de Valladolid, ni la justicia del pueblo, ni las exhortaciones de tres religiosos graves, ni la presencia de una persona real, y menester ha sido valerse de las espadas y apretar los puños y que los alborotadores se cansen, para que se acabe el alboroto; os repito que yo no conozco á Madrigal, y que está muy mudado de como yo le dejé.

—Entonces Madrigal no tenia la plaga de estudiantes que hoy tiene, contestó un viejo, y los ociosos que se vienen al pueblo para hacerse lado por los que privan con doña Ana de Austria, á fin de que esta señora les

dé cartas para ir con ellas á la córte á lograr sus pretensiones.

—Los estudiantes, dijo con la boca llena un bachiller talludo y mal encarado que devoraba un pastel allá en un rincón, han hecho de Madrigal una villa honrada de un villano villorrio que era, donde los hombres eran poco más ó menos caballerías de carga.

—Miente el estudiante insolente, dijo un mozo de los de la villa, adelantando hácia el bachiller y blandiendo un garrote.

—No volvamos á lo de esta mañana, dijo con una autoridad que dominó á todos Gabriel de Espinosa, y téngase el villano y cállese el bachiller, nosea que se me acabe la paciencia, y les pese á muchos de haber nacido.

—Pues que se mire cómo se trata al Seminario, dijo el bachiller, que los estudiantes se dejarán rajar primero que consentir en que se los maltrate de obra ni de palabra.

—Mejor fuera que estudiaran más y gritaran menos, contestó un viejo, y dejaran en paz á las mozas del pueblo, que ésta, señor Gabriel, es la causa de todos los disturbios y de todas las desdichas que suceden; porque en sabiendo que cumple una muchacha doce años, ya tiene sobre sí toda esta plaga estudiantina que no temen ni á Dios, ni al rey, ni á la justicia.

—Ya veremos de arreglar eso: lo de los estudiantes con los padres agustinos, y lo del escándalo de esta mañana, por la intercesion de la señora doña Ana de Austria, á quien tengo que ver, porque traigo para ella cartas del Papa.

Abrieron todos al oír esto desmesuradamente la boca y los ojos, y el bachillerote dejó de comer, y miró de hito en hito á Gabriel de Espinosa con una expresion que queria significar que lo tenia por loco.

—Idos, pues, á vuestras casas, amigos, continuó diciendo Gabriel de Espinosa, y vos, señor estudiante, no pagueis la costa del pastel que estais comiendo, y haya paz y buena amistad entre estudiantes y vecinos, que ya veremos el modo de que nadie pague la costa de lo que ha pasado esta mañana.

Dicho esto, Gabriel de Espinosa se volvió y se subió por las escaleras, desapareciendo por lo alto de ellas.

—Con muchos humos viene para pastelero, dijo uno de los del pueblo, y cuadra mal el don sin la veinticuatría: allá veremos en qué paran estas misas.

Y se salieron todos sérios y mohinos, porque les habia sentado muy mal la tiesura con que los habia recibido el hijo de Mari-Perez la pastelera.

—Pues no, dijo el bachiller levantándose y apretándose las agujetas de la pretina; trabajo le mando al que quiera poner los dedos en la nariz de los estudiantes.

Y se salió sin pagar el pastel que habia devorado ni el jarro de vino que se habia bebido, lo que probaba que el desagrado era la cualidad predominante de aquel talludo bachiller en leyes; porque al fin, Gabriel de Espinosa le habia convidado, y no debia mostrarse tan hostil para con él.

En la expresion que mostraba Gabriel de Espinosa, atravesando un corredor en direccion á una puerta, se notaba que todo aquello le contrariaba sobremanera, y le ponía en gran cuidado.

Llegó al fin á aquella puerta, la abrió con llave, entró en una habitacion pobremente amueblada, á la manera de las casas de la gente humilde de los pueblos, llegó á otra puerta, la abrió tambien con llave, y se encontró en otra pobre habitacion, en la cual habia un gran lecho de nogal y una gran cuna de lo mismo, y sentada en un gran sillón de nogal y baqueta, la sultana Sayda-Mirian, vestida con un sencillo y pobre traje de lugareña de Castilla, pero nuevo y limpio, y que la sentaba muy bien.

Sayda Mirian mecía la cuna donde dormía la pequeña Gabriela.

La habitacion no tenia, á más de la cuna, de la cama y del sillón, otros muebles que una gran mesa de nogal, otro sillón de nogal y baqueta, algunos siales de nogal, estampas de santos en marcos negros sobre las paredes blancas, el piso de baldosas y el techo de viguetas con bovedilla: no tenia más puerta que aquella por donde Gabriel de Espinosa habia entrado, y dos ventanas que daban sobre un huerto, cubiertas con cortinas de lienzo blanco, daban luz al aposento.

—¿Qué ha sucedido? dijo con interés Sayda Mirian; ese hombre que hemos encontrado aquí, ese Gil Lopez